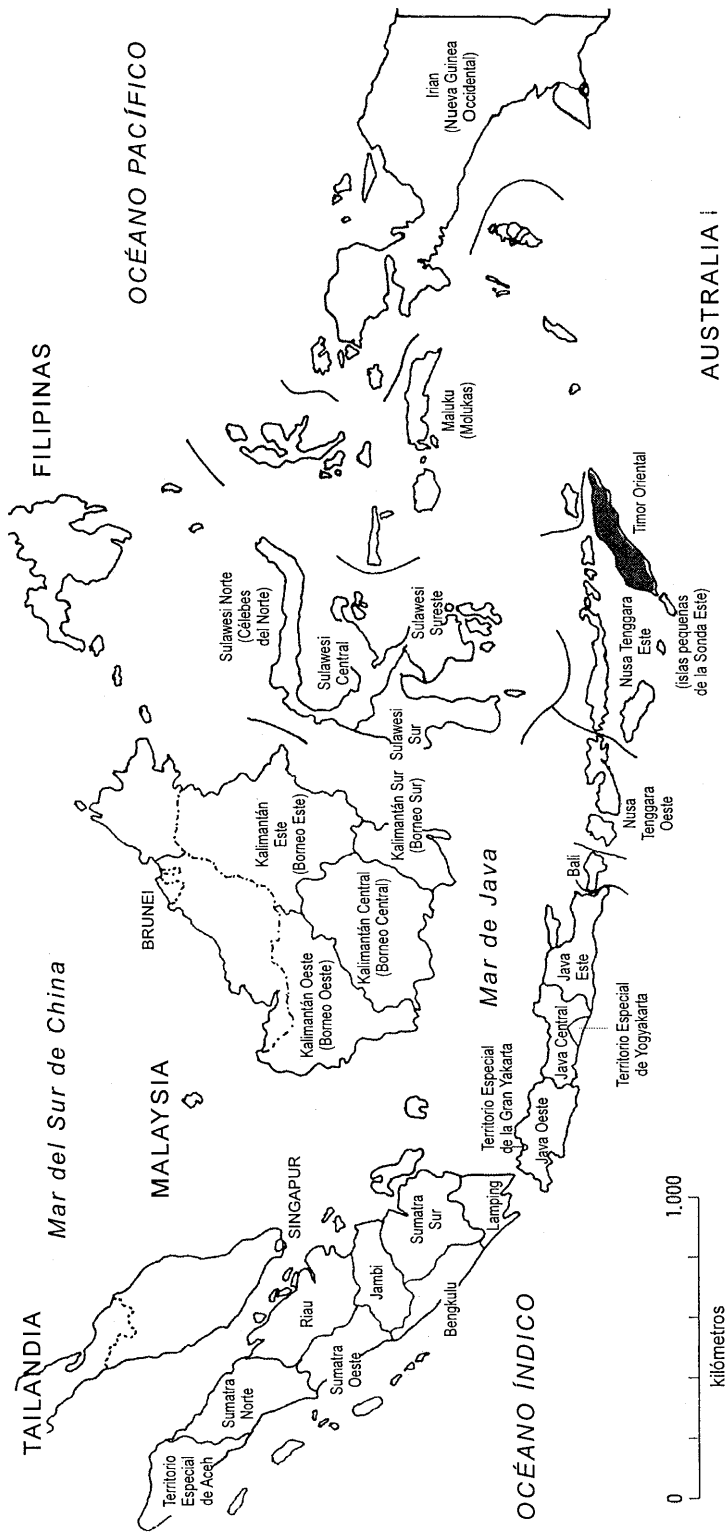


Presente y futuro del nacionalismo indonesio

De acuerdo con mi experiencia, el nacionalismo es a menudo malinterpretado. Por este motivo, comenzaré mis observaciones comentando brevemente dos tipos de confusión habituales, para lo que tomaré el caso de Indonesia como ejemplo de un fenómeno prácticamente universal en este siglo que avanza lentamente hacia su extinción*. La primera es pensar que el nacionalismo es algo muy antiguo y, por supuesto, heredado de «unos antepasados absolutamente ilustres». Algo que llevamos todos en la sangre «íntimamente». En realidad, el nacionalismo es un fenómeno relativamente nuevo, y en la actualidad cuenta con poco más de dos siglos de antigüedad. La primera Declaración de Independencia, promulgada en Filadelfia en 1776, no dice ni una sola palabra acerca de los antepasados y desde luego no hace ninguna referencia a los americanos. La Declaración de Independencia de Sukarno y Hatta del 17 de agosto de 1945 es similar a este respecto. En cambio, la obsesión de buscar

* Este texto fue presentado en una conferencia en Yakarta el 4 de marzo de 1999, poco tiempo después de que se me permitiera entrar en Indonesia por primera vez después de 26 años.



«antepasados absolutamente ilustres» suele dar lugar a disparates, y a menudo a disparates muy peligrosos.

Un buen ejemplo local en esta región es el del príncipe Diponegoro (aproximadamente, 1787–1855), que en la década de 1950 era venerado como el héroe nacional número uno, como si el príncipe hubiera liderado el movimiento por la independencia nacional de Indonesia con el fin de liberarla de las garras del colonialismo holandés. Pero si uno echa un vistazo a lo que el príncipe escribió realmente en sus memorias, los términos reales acerca de sus objetivos políticos indican que su intención era «someter» —sí, «someter»— Java. El concepto «Indonesia» le resultaba absolutamente ajeno, al igual que la idea de «libertad». En realidad, todos sabemos que este extraño neologismo grecorromano es muy reciente: comenzó a hacerse popular hace sólo unos ochenta años. La primera organización que empleó esta palabra en nombre propio fue el Partido Comunista de Indonesia en 1920 (cuando mi madre ya era una chica de quince años).

La segunda confusión consiste en considerar «nación» y «Estado», si no como entidades exactamente idénticas, sí al menos como un matrimonio feliz. Sin embargo, a menudo la realidad histórica es exactamente la contraria. Quizá el 85 por 100 de los movimientos nacionalistas comenzaran su andadura como movimientos antiestatales contrarios al colonialismo o a los Estados dinásticos absolutistas. Nación y Estado «contrajeron matrimonio» mucho después, y este matrimonio dista mucho de haber sido siempre feliz. Por regla general, el Estado —o lo que en mi círculo de amigos solemos llamar como «el Ogro»— es mucho más antiguo que la nación.

De Batavia a Indonesia

Una vez más, Indonesia nos proporciona un buen ejemplo. La genealogía del Estado en Indonesia se remonta a la Batavia de principios del siglo XVII. Su continuidad resulta bastante evidente, aun teniendo en cuenta que la extensión de su territorio aumenta considerablemente con el tiempo. La extensión actual de Indonesia es, con la excepción de Timor Oriental, idéntica a la que ocuparan las Indias Orientales Holandesas una vez finalizada la conquista de Aceh, el sur de Bali e Irian a comienzos del siglo XX. Por otro lado, debemos tener presente en todo momento que en sus últimos días, durante la década de 1930, el 90 por 100 —insisto, el 90 por 100— de sus funcionarios eran «nativos». Se produjeron, desde luego, algunas transformaciones —pérdidas y anexiones— durante la revolución pero, en su mayor parte, el personal del joven Estado republicano mostró una evidente continuidad respecto al del Estado colonial. A su vez, el primer Parlamento posterior a 1950 estaba formado por antiguos colaboradores del colonialismo, y el nuevo ejército republicano contaba igualmente con numerosos soldados y oficiales que habían luchado contra la república durante la revolución¹.

¹ Tanto el general Nasution, creador del ejército posrevolucionario, como el general Suharto comenzaron su carrera en el KNL, el ejército colonial anterior a la guerra, el gran

En lo que atañe al territorio nacional, se da una ironía que el general Sayidiman fue de los primeros en señalar. Dado que el régimen de Suharto hizo de la Constitución de 1945 algo sagrado —aunque, de hecho, fue redactada con gran precipitación en agosto de 1945 durante una situación de emergencia y desorden— sus detalladas demarcaciones de las fronteras de la nueva nación no pudieron modificarse (por miedo a que esto pudiera socavar su carácter sagrado). Lo que supuso que la anexión de Timor Oriental, que caía fuera de las fronteras especificadas, fuera, desde el principio, absolutamente inconstitucional. Afortunadamente para él, Sayidiman era un general, de modo que no corría mucho peligro diciendo cosas semejantes.

En otras palabras: lo que acabo de decir debe ser tomado como una simple advertencia. Tengamos cuidado con la gente que hace un ídolo del Estado y con los que hablan por los codos de «nuestros ilustres antepasados». No son más que timadores.

Entonces, ¿en qué consiste realmente el nacionalismo? Si uno estudia su breve historia global, puede afirmar que no se trata de algo heredado del pasado lejano, sino que se trata más bien de un «proyecto común» para el presente y el futuro. Y dicho proyecto exige autosacrificio, no el sacrificio de los demás. A los fundadores del movimiento independentista, por este motivo, nunca se les ocurrió que tuvieran derecho a matar a otros indonesios; se sintieron obligados, por el contrario, a tener el valor de ser encarcelados, golpeados y exiliados por un futuro de felicidad y libertad para sus camaradas.

De la juventud y sus envites

El nacionalismo surge cuando los habitantes de cierto territorio comienzan a sentir que comparten un destino común, un futuro común. O, tal y como he escrito en otro lugar, cuando se sienten unidos por una profunda camaradería horizontal. Habitualmente, emerge con rapidez y de manera espontánea en una generación, lo que constituye un claro signo de su novedad. Uno puede ver cómo el nacionalismo va unido a visiones y esperanzas que apuntan al futuro si se presta atención a los nombres de las primeras organizaciones que se unieron al movimiento por la independencia a comienzos del siglo xx: Jong Java (Joven Java), Indonesian Muda (Joven Indonesia), Jong Islamietenbond (Liga de Jóvenes Musulmanes), Jong Minahasa (Joven Minahasa), etcétera. No existían organizaciones que se llamaran Vieja Java, Bali Eterna, etcétera. Su orientación apuntaba hacia el futuro y sus bases sociales estaban formadas por jóvenes. (Incluso hoy en día el poder político específico de los estudiantes descansa en su posición social en tanto que símbolos del futuro de la nación.) Además de esto, los jóvenes de aquellos días apelaban a sus orígenes regionales no en nombre de nacionalismos locales separatistas, sino afirmando su compromiso de incorporar esos orígenes regionales a un proyecto de liberación articulado y común que abarcara toda la

enemigo del movimiento nacionalista. Suharto por aquel entonces se unió al PETA, un ejército auxiliar creado por las autoridades japonesas durante la ocupación en 1943.

colonia. No prestaron ninguna atención al hecho de que los reyes acehneses hubieran «colonizado» en su día la región costera de Minangkabau, a que los reyes bugineses hubieran esclavizado a los pueblos de las montañas de Torajanese, a que la aristocracia javanesa hubiera tratado de someter las tierras altas de Sunda o a que los señores balineses hubieran logrado conquistar la isla de Sasak.

Si pudiéramos retrotraernos a 1945–1949 y hablar con los combatientes por la independencia de aquel período, no cabe duda de que les parecería imposible creer que, cincuenta años más tarde, la función de las fuerzas armadas de la república no fuera ya la de defender el país contra los enemigos externos, sino más bien la de oprimir a su propio pueblo, adoptando de hecho la tradición del ejército colonial. Pero la verdad es que esto ha sucedido con demasiada frecuencia. Estos veteranos nunca fueron conscientes de las posibles consecuencias que podría acarrear el matrimonio entre nación y Estado.

Si bien el nacionalismo consiste en un proyecto común para el presente y el futuro, su consecución nunca es totalmente completa. Debe ser un motivo de lucha para cada generación. A los ojos de sus progenitores, y del Estado, se podría decir que un bebé nacido, por ejemplo, en Madura ya es «un indonesio», pero esta criatura no se piensa a sí misma aún en estos términos. El proceso mediante el cual llegará a considerarse *a sí misma* como indonesia, con un espíritu indonesio, con un compromiso indonesio, y con una cultura indonesia, es largo y sin garantías de éxito. De modo que se puede sostener que la «continuidad» de una nación es en lo esencial una cuestión abierta y, por ende, una especie de envite.

El envite consiste en que la idea «el futuro de Indonesia» esté lo suficientemente arraigada en el espíritu de los ciudadanos legales del país para que, cuando sea necesario, cada uno de los nuevos aspirantes a miembro de la nación se preste a dejar de lado las ambiciones y lealtades personales por esa gran idea. Este envite podrá ganarse a largo plazo sólo si la nación indonesia, al igual que otras naciones, es lo bastante generosa y amplia de miras como para aceptar la diversidad existente y la complejidad que presenta la sociedad nacional, que en el caso de Indonesia asciende a doscientos millones de personas. El mundo moderno nos ha proporcionado suficientes ejemplos de naciones que han estallado debido a que demasiados ciudadanos han tenido corazones míseros y mentes mezquinas, por no hablar de un exceso de codicia por dominar a sus compatriotas.

Herencia común o proyecto común

Cuando yo era pequeño, mi madre me compró una *Historia de la literatura inglesa* infantil de segunda mano. Recuerdo vivamente que el primer capítulo del libro estaba dedicado a la historia de Chuchulain y la Vaca Marrón (*Brown Cow*) tal y como aparece recogida en irlandés antiguo en el siglo XII —es decir, antes de que existiera la len-

gua inglesa. ¿A qué se debe esta rareza? A que la edición que compró mi madre estaba fechada alrededor de 1900, cuando Irlanda estaba colonizada por los ingleses, que trataban por todos los medios de «integrar» a los habitantes autóctonos, de manera similar a como el régimen de Suharto trataba de «integrar» a los timorenses orientales. Años más tarde, encontré una nueva edición de este libro, publicada alrededor de 1930, y me divertí comprobar que el capítulo uno había desaparecido, dado que, entre tanto, la República de Irlanda (de la que soy ciudadano) había logrado su independencia —tan sólo veintidós años antes que Indonesia lograra la suya—. A partir de esta pequeña historia se puede ver lo realmente fácil que resulta crear y eliminar a los «ilustres antepasados» dependiendo de las circunstancias políticas. Lo cierto es que hoy en día ni una sola persona inglesa echa de menos a la Vaca Marrón. Por otro lado, la mayoría de los irlandeses hablan inglés en lugar de irlandés, de modo que muchos sólo pueden leer la historia de la Vaca Marrón gracias a una traducción al inglés. Y hoy por hoy las relaciones entre la Irlanda independiente e Inglaterra son mejores de lo que eran hace ciento cincuenta años, cuando el hambre de la colonia obligó a decenas de miles de campesinos irlandeses a escapar hacia América. De aquí, Indonesia puede extraer una lección para sus relaciones con Timor Oriental.

He mencionado este breve episodio sencillamente porque veo todavía muchos indonesios que siguen pensando en Indonesia en términos de «herencia», y no como un reto o un proyecto común. Cuando hay herencias, hay herederos, y, demasiado a menudo, amargas peleas para ver a quién corresponden los «derechos» de herencia. Que a veces llegan a ser muy violentas. La gente que piensa que la «abstracta» Indonesia es una «herencia» que hay que conservar a toda costa termina dañando terriblemente a los ciudadanos que habitan ese abstracto espacio geográfico.

Escojamos dos ejemplos muy concretos que ahora mismo están de actualidad: Aceh e Irian². Durante toda la historia del movimiento de independencia del último período colonial, que yo sepa ningún acehnés aspiraba a lograr un «Aceh independiente». Durante la revolución, Aceh fue la única provincia a la que los holandeses no se atrevieron a regresar. Pero, en lugar de aprovechar la oportunidad para proclamar un Aceh independiente, los acehneses pagaron, de manera totalmente voluntaria —quiero enfatizar lo de voluntaria—, un alto precio tanto en vidas como en recursos económico-financieros a la causa revolucionaria. Lo hicieron porque, en aquellos días, Jogjakarta³ no tenía ni los medios ni la más mínima intención de actuar tal y como lo hiciera Diponegoro, es decir, «subyugando» Aceh.

² La famosa provincia musulmana de Aceh, situada en la punta nordeste de Sumatra, ocupa el extremo más occidental de Indonesia. Irian, la mitad occidental de Nueva Guinea, se sitúa en su frontera más oriental.

³ Cuando el restituido régimen colonial holandés tomó Batavia/Yakarta bajo su control en enero de 1946, la capital revolucionaria fue trasladada a la antigua ciudad real de Jogjakarta, en Java central.

Bien es cierto que, bajo Daud Beureueh⁴, algunos acehneses se rebelaron contra Yakarta a principios de la década de 1950, ya que se sentían contrariados por algunas políticas lanzadas desde el centro; pero la rebelión perseguía la transformación de estas políticas y no la independencia de Aceh respecto a Indonesia. Durante la década de 1970, Aceh vivió pacífica y próspera bajo un gobernador civil, y entonces nadie hubiera creído que hacia finales de la siguiente década la provincia se convertiría en la espeluznante Zona de Operaciones Militares. En aquellos días, nadie tomaba en serio a Hasan di Tiro⁵, dada su larga ausencia del país y sus conexiones con la CIA en el pasado. Que «Aceh Independiente» o «Aceh Libre» comenzara a popularizarse de repente a finales de la década de 1980 se debió a que, cada vez más, los acehneses iban perdiendo la esperanza y la confianza que depositaran en el proyecto de una Indonesia común. La increíble codicia de los gobernantes de Yakarta y de sus validos y recaderos provinciales, así como la sustitución en el ámbito local de la autoridad civil por la militar, que muy a menudo llegaba de Java, parecía decir cada vez con más fuerza a los acehneses: «No os necesitamos; lo que necesitamos son vuestros recursos naturales. Qué maravilloso sería que Aceh quedara libre de acehneses». He aquí el origen de las atrocidades que recientemente han revelado los periódicos.

Las raíces del separatismo

La historia de Irian es semejante en muchos aspectos. La OPM [Organisasi Papua Merdeka (Organización para una Papúa Libre)] no existía con anterioridad al Orde Baru (Orden Nuevo) —al que me referiré a partir de ahora como Order Kropos (la Era Carcomida)— sino después. Y su lengua sigue siendo la indonesia. Pero las amenazas y manipulaciones orquestadas por Ali Murtopo⁶ y sus cómplices con el fin de dar la impresión de que la totalidad de los irianeses eran siervos sumisos a la Era Carcomida hizo que la población local viera desde el comienzo que, a los ojos del centro, Irian y no las gentes que allí vivían era lo importante. A pesar de su auténtica diversidad, se les agrupó como una población primitiva cuyo nombre provenía del de la provincia. Una vez más, se podía oír decir a Yakarta: «Qué lástima que haya irianeses en Irian». Nunca se invitó seriamente al pueblo de Irian a participar en el proyecto común, de

⁴ Daud Beureueh, un famoso *ulama* modernista, de la década de 1930, fue gobernador militar de Aceh durante la revolución, al tiempo que la figura local clave del movimiento popular por la independencia de Indonesia.

⁵ Fundador del movimiento Aceh Independiente, se enorgullecía de ser descendiente directo de uno de los héroes de la larga y amarga lucha contra el imperio militar holandés durante el período de 1783–1908.

⁶ El general Ali Murtopo fue el maquiavélico y legendario cerebro del aparato político de inteligencia de Suharto en los primeros tiempos del Nuevo Orden. Fue este aparato el que en 1963 «promulgó» en Irian la denominada Ley de Libre Elección con el objetivo de promover un apoyo casi unánime a la unión con Indonesia. En el transcurso de las últimas negociaciones para la transferencia de la soberanía a últimos de 1949, los holandeses se habían negado a devolver Irian al nuevo Estado independiente de Indonesia. En 1962, las presiones del ejército indonesio y de la diplomacia americana forzaron a La Haya a declarar la región bajo administración de las Naciones Unidas, dejando pendiente la manifestación de la opinión local acerca de su estatus final.

modo que resultó natural que rápidamente se sintieran colonizados. (De pasada, me he dado cuenta de que aún quedan indonesios que piensan que el colonialismo sólo puede ser ejercido por occidentales sobre no-occidentales. Se trata de un espejismo históricamente ignorante y peligroso.)

De la mentalidad colonial de la Era Carcomida surgieron horrores característicos. Por ejemplo, la sección del Instituto de Asistencia Legal en el área protagonizó, bajo la salvaje autoridad del general Abiowo, un caso en el que un pueblo sospechoso de ocultar a las guerrillas de la OPM vio cómo la mitad de sus habitantes eran quemados vivos en sus casas por el ejército, mientras la otra mitad era obligada por estos mismos militares a comer la carne asada de sus familiares y vecinos. Esta clase de horrores organizados eran inconcebibles durante la revolución, e incluso durante el período del PRRI y el DI⁷. Estos horrores ponen de manifiesto que para sectores de las fuerzas armadas de la Era Carcomida, los irianeses no eran meros compatriotas indonesios, sino que representaban meras «posesiones» del Ogro.

Uno llega a la conclusión, entonces, de que Aceh Independiente y los movimientos de la OPM se forman como una reacción ante la mentalidad, las políticas y las prácticas de la Era Carcomida, cuyo planteamiento básico puede condensarse en la siguiente actitud: «lástima que haya acehneses en Aceh e irianeses en Irian», y la concepción de estos pueblos lejanos no como indonesios, sino como «objetos», «posesiones», «siervos» y «obstáculos» para el Ogro. En la actualidad, la situación es muy seria y únicamente puede ser remedada por un cambio radical en la disposición de los líderes políticos de Yakarta. Es fundamental que Aceh e Irian adquieran auténtica y plena autonomía para que, de nuevo, puedan sentirse dueños de su propia casa. Esto exigirá la celebración de elecciones libres y regulares en el ámbito local y que las autoridades provinciales y de distrito sean elegidas localmente y no por el ministro del Interior. Serán precisas asambleas locales que excluyan a las «fracciones militares» no elegidas y formadas mayoritariamente por personas de Indonesia occidental. No me cabe ninguna duda de que si estos cambios se producen de manera rápida y genuina, los movimientos separatistas perderán fuerza.

Tampoco me cabe ninguna duda de que surgirán dificultades, conflictos locales, corrupción, e incluso violencia, como resultado de los residuos de treinta y tres años del brutal y corrupto dominio de la Era Carcomida. Pero serán dificultades pasajeras y, en cualquier caso, serán insignificantes en comparación con la explotación y las

⁷ El PRRI [Pemerintah Revolusioner Republic Indonesia (Gobierno Revolucionario de la República de Indonesia)] era un gobierno rebelde formado a principios de 1958 con un fuerte respaldo de la CIA. Obtenía su fuerza de algunas zonas de Sumatra y Sulawesi, pretendía derrocar y reemplazar al gobierno de Yakarta y fue derrotado en 1960. El DI (Darul Islam) era un movimiento islámico armado y extremista que se creó en la parte central y occidental de Java en 1949, y que más tarde se extendió a zonas de Sumatra y Sulawesi. No fue totalmente aplastado hasta 1964.

atrocidades del período Carcomido. De este modo, los acehneses e irianeses podrán incorporarse de un modo serio al proyecto común y a la camaradería horizontal y profunda de la que nunca debieron ser excluidos.

Por una Indonesia federal

También hemos de ser realistas y admitir que la auténtica autonomía, no la «falsa autonomía» representada en la actualidad por el estatus de Región Especial, supondrá la federalización de Indonesia. Se trata de algo absolutamente normal. Casi todos los países grandes del mundo tienen instituciones federales de distintos tipos: Canadá, Brasil, Estados Unidos, India, Nigeria, Alemania, Rusia, etcétera. China es la excepción más sobresaliente, y tengo serias dudas de que muchos indonesios deseen tomar por modelo el sistema chino. Seguramente habrá gente en Yakarta que gritará de modo reflejo que una Indonesia federal era/es parte del proyecto colonial holandés, a pesar de que los holandeses perdieron toda influencia sobre Indonesia desde hace ya medio siglo. Otros dirán que el federalismo responde a una idea de inspiración extranjera cuyo fin es desmembrar la unidad de la república. Pero, ¿quiénes son esos extranjeros que en el mundo actual, tras la «Guerra Fría», tendrían interés en tal desmembramiento? No se me ocurre ninguno. Todo lo contrario. El desastre de Yugoslavia ha hecho que todos los Estados importantes anhelan evitar que una tragedia semejante se reproduzca en otra zona. Otros, anclados en la mentalidad Carcomida, se quejarán de que el federalismo resulta contradictorio con la Constitución de 1945. Pero las Constituciones las elaboran las personas, no los dioses, y para que pervivan en circunstancias cambiantes han de ser adaptadas constantemente. Si los padres fundadores de los Estados Unidos resucitaran en el momento presente, se quedarían atónitos ante las alteraciones de la letra y el espíritu del documento que redactaron hace dos siglos. La Constitución de 1945 está totalmente desfasada. En realidad, ya estaba desfasada en 1950, y nunca habría sido restablecida en 1959 a no ser por una alianza oportunista entre los ambiciosos militares y el cada vez más autoritario presidente Sukarno. Esta Constitución necesita, si no su derogación, sí al menos una revisión radical.

Haciendo frente al pasado

Si se trata de restablecer el «proyecto común» y convertirlo en una realidad viva y fuerte, es esencial asimismo acabar con las prácticas generalizadas de brutalidad. Si se leen las memorias de los activistas que se enfrentaron al régimen colonial, apenas se encontrarán alusiones a palizas y torturas, y menos aún a los electrodos aplicados sobre los genitales u otras cosas por el estilo. A lo largo de los últimos treinta años, sin embargo, se ha convertido en algo «normal» golpear a alguien que ha sido detenido incluso antes de que él o ella haya sido interrogado; otro tanto se puede decir de la «ejecución» de prisioneros, con el pretexto de «intento de fuga».

Algunas de estas cosas ocurrieron durante las décadas de 1950 y 1960, pero entonces no eran «rutinarias». Que se hayan convertido en rutinarias significa que aquellos que se supone detentan la autoridad de la ley son en realidad los que la infringen a diario con total impunidad. Esta situación no sólo corrompe la moral de los agentes de la ley, sino que tiende a corromper asimismo a las víctimas. Hay muchos prisioneros que, viendo como sus captores extorsionan, vejan y ejecutan, se inclinan por seguir su ejemplo. Y aquí podemos detectar una de las causas más evidentes del rápido incremento, durante los últimos cincuenta años, del grupo cada vez más numeroso de los *preman*, víctimas de la brutalidad, que actúan a menudo como la «mano izquierda» del Ogro. Todo el mundo sabe cómo se ha disparado el proceso de «premanización» o «gangsterización» de la política indonesia. Los partidos políticos tienen sus *preman*, al igual que los tienen las empresas y las agencias gubernamentales. Y la prensa también ha hecho lo suyo, al glorificar en mayor o menor medida a *preman* notorios como Yorries Raweyai, Sumargono, Anton Medan, Yapto, Hercules y otros tantos.

El proceso de brutalización, sin embargo, comienza de hecho mucho antes de la década de 1980. En tiempos del movimiento nacionalista, se produjeron conflictos frecuentes e incluso violentos entre varios de los grupos que lo integraban. Pero no creo que a nadie se le ocurriera pensar que sus opositores merecían ser torturados o ejecutados. Los opositores eran opositores, no «animales». Pervivían aún elementos de caballerosidad en estos conflictos. Después de ese momento, se produjo un lento deterioro. En el «caso Madiun», en 1948⁸, se cometieron terribles atrocidades por ambas partes, en una situación de emergencia nacional y de tremendas tensiones sociales y económicas. La gente comenzó a ver a sus enemigos políticos no como a compatriotas indonesios, sino como a peones de los extranjeros –NICA⁹, CIA, NKVD y otros–. Sin embargo, dos años después de Madiun, el partido derrocado, los comunistas, volvieron a ser miembros del Parlamento con toda normalidad, es decir, de nuevo como compatriotas indonesios.

El gran cambio se produjo en 1965–1966. Y mientras el «período de 1965–1966» no sea arrojado por los indonesios de un modo abierto y honesto, el proceso de decadencia y brutalidad continuará. No pretendo detenerme en profundidad en el «período 1965–1966». Únicamente deseo señalar dos aspectos esenciales.

⁸ Desde finales de 1945 a enero de 1948, el Consejo de Ministros de la república había estado dominado por socialistas y comunistas, que tuvieron que cargar con la responsabilidad de «acuerdos» cada vez más desfavorables con el régimen colonial holandés. En ese mismo mes llegó al poder un nuevo Consejo de Ministros, liderado por el vicepresidente Hatta, que excluía a la izquierda. En ese momento aumentaron las tensiones políticas entre los conservadores y la izquierda en un ambiente cada vez más marcado por la «Guerra Fría». En septiembre de 1948 todo ello estalló en sangrientos conflictos armados que dieron comienzo en la ciudad de Madiun, y que tendrían como resultado la aniquilación de la izquierda.

⁹ Cuando las fuerzas armadas aliadas, bajo el mando de Louis Mountbatten, asumieron el control tras la derrota japonesa en septiembre de 1948, Holanda, que acababa de liberarse del dominio nazi, no contaba con fuerzas militares disponibles. De ahí que la representación de La Haya llevara más de un año en manos de la Administración Civil de las Indias Holandesas (NICA) bajo protección militar británica.

1. El 4 de octubre de 1965, Suharto y sus seguidores recibieron una detallada autopsia de los cuerpos de los generales asesinados el primero de octubre, realizada por expertos forenses civiles y militares. El informe dejaba bastante claro que se había disparado contra los generales a matar, y que sus cadáveres habían sufrido daños a posteriori tras haber sido lanzados a un pozo profundo en Lubang Buaya. Sin embargo, el 6 de octubre, los medios de comunicación, absolutamente controlados por las fuerzas de Suharto, lanzaron una campaña en la que se decía que los ojos de los generales habían sido extraídos y sus genitales cortados por mujeres sádicas de Gerwani¹⁰. Esta campaña de intoxicación fue orquestada a sangre fría por personas que sabían perfectamente lo que estaban haciendo. Quien desee leer un increíble relato fantástico sobre estas sádicas glaciales, no tiene más que leer la extraordinaria novela *Nyali*, de Putu Wijaya. La campaña de propaganda hizo lo imposible por crear a lo largo de Indonesia la atmósfera de histeria que hizo posible que, en los meses siguientes, más de medio millón de participantes en el proyecto común fueran asesinados con los métodos más horribles, totalmente al margen de la ley, y sin que ni un solo asesino fuera llevado a los tribunales. Se puede decir con toda crudeza: los cimientos originales del llamado Nuevo Orden fueron una montaña de esqueletos.

2. Las consecuencias de estos acontecimientos las estamos sufriendo hasta el día de hoy. Dejando de lado a los organizadores de estas atrocidades —en otras palabras, Suharto y su círculo— podríamos preguntarnos lo siguiente: ¿Ha pedido alguna vez Abdulrahman Wahid¹¹, famoso por sus discursos en favor de los derechos humanos y de la tolerancia religiosa, perdón para su NU por las decenas de miles de personas asesinadas por Ansor en 1965–1966? Creo que la contestación es que no. ¿Ha pedido alguna vez Megawati¹², que se considera a sí misma víctima de Suharto, perdón para su PNI-PDI por las decenas de miles de asesinados —incluidos miembros de izquierdas del propio PNI—, por las bandas juveniles del PNI, sobre todo en Bali? De nuevo, creo que la respuesta es no. ¿Han pedido alguna vez perdón católicos del Nuevo Orden bien conocidos, tales como Benny Murdani, Frans Seda, Liem Bian-kie y Harry Tjan Silalahi¹³ por su complicidad con los jóvenes católicos en las matanzas?

¹⁰ Gerwani [Gerakan Wanita Indonesia (Movimiento de Mujeres Indonesias)] era una organización de mujeres de izquierda que gradualmente llegó a formar parte de la infraestructura del partido comunista.

¹¹ NU (Nahdlatul Ulama) era una organización de *ulamas* tradicionalistas que se remonta a mediados de la década de 1920. Abdulrahman Wahid, su líder durante mucho tiempo, es el nieto de su fundador. Ansor es el temible brazo juvenil de la NU, especialmente fuerte en la zona rural del este de Java.

¹² Megawati, una de las hijas de Sukarno, primer presidente de Indonesia, se halla en la actualidad a la cabeza del PDI-Perjuangan (Partido Democrático de Indonesia-en Lucha) [traducción aproximada]. A primeros de la década de 1970, Suharto obligó a todos los partidos no islámicos existentes a confluir en el Partido Democrático Indonesio, que rápidamente experimentó divisiones internas y fue presa de la corrupción. Su principal miembro era el PNI (Partido Nacionalista Indonesio) —sangrientamente desprovisto de su amplio sector de izquierdas— que, durante la década de 1950, era considerado cercano a las ideas políticas de Sukarno.

¹³ El general Benny Murdani, jefe durante mucho tiempo de los servicios de inteligencia y uno de los hombres con más responsabilidad en los atropellos del dominio salvaje de Indonesia sobre Timor Oriental. Frans Seda, ministro de las colonias del gobierno de Sukar-

Una vez más, no. ¿Qué hay de los protestantes? ¿Del antiguo PSI¹⁴? ¿De los académicos? Casi ni una palabra. Únicamente recuerdo a mi añorado joven colega Soe Hok-gie que tuvo la valentía, ya en 1967, de hablar sobre el asunto. Desde esta perspectiva, podemos ver cómo prácticamente toda la «oposición» en lo fundamental no constituye, hoy en día, una oposición real a la Era Carcomida, y que, por consiguiente, la Indonesia que les gustaría reconstruir conserva aún pilas de cadáveres sepultados en sus sótanos. Todos evitan enfrentarse a los acontecimientos políticos de su propio pasado, sin pedir perdón, sin un compromiso para que no vuelva a suceder nada similar a lo ocurrido en 1965–1966, sin aceptar la vuelta al proyecto común de los tristes vestigios y de los descendientes de las víctimas de aquel período. Mientras, en los colegios, los niños continúan siendo engatusados con la vaga palabrería histórica acerca del «trauma nacional» o la «tragedia nacional» —¡punto y final!

La banalización de la brutalidad

Las consecuencias fatales del horror de 1965–1966, período en el que millones de indonesios eran considerados como animales o diablos por otros indonesios y, por consiguiente, podían y debían ser tratados con el peor de los sadismos y al margen de toda legalidad, se dejan sentir aún en nuestros días. Los militares han desarrollado una cultura según la cual, en los asuntos de «seguridad», la más mínima decencia humana, siempre y cuando «el jefe» haya dado las órdenes oportunas, puede quedar a un lado con total impunidad. Las consecuencias políticas empezaron a dejarse sentir de manera totalmente evidente durante todo el proceso de «anexión» de Timor Oriental después de 1975. Hoy sabemos paulatinamente que entre 1977 y 1980, alrededor de un tercio del total de la población de la antigua colonia portuguesa murió, y no de muerte natural: murieron ametrallados, quemados por napalm, de desnutrición en «campos de reagrupamiento» o víctimas de enfermedades contagiosas que se extendieron rápidamente bajo las condiciones infrahumanas de la ocupación. La tortura se convirtió en un procedimiento habitual, por no hablar de las violaciones y las ejecuciones. Si aplicamos el porcentaje anterior a los javaneses, estaríamos hablando de la muerte en condiciones excepcionales de al menos veinticinco millones de personas en tres años. ¿Aterrador? Totalmente. ¿Un crimen descomunal? ¿Podría ponerse en duda?

¿Por qué ocurrió? Nadie ha de llamarse a engaño con la retórica del «acojamos a nuestros camaradas en el seno de Ibu Pertiwi» (la Madre Patria) o de los timorenses orientales sumándose feliz y voluntariamente al proyecto común. Las operaciones en Timor Oriental, en su

no, fue uno de los primeros financieros clave del régimen de Suharto. Liem Bian-kie y Harry Tjan Silalahi, dos prominentes agentes chinos en la red de espionaje Operación Especial de Ali Murtopo, jugaron un papel activo en la *matanza* anticomunista de 1965–1966.

¹⁴ El PSI (Partido Socialista Indonesio). Pequeño partido de intelectuales de orientación occidental, que a mediados de la década de 1950 era socialista tan sólo de nombre. Influyente entre los militares y en otros círculos, fue ilegalizado por Sukarno a principios de la década de 1960.

mayor parte ocultadas a la nación indonesia, formaron parte del proyecto de «sometimiento» del Ogro, en continuidad con respecto a Heutsz, Diponegoro y su más brutal predecesor, si cabe, el sultán Agung¹⁵. Cuántas veces se ha oído a los altos funcionarios quejándose de la «ingratitude» de los timorenses orientales por todas las buenas cosas que les ha proporcionado Yakarta. Estoy seguro que ninguno de estos funcionarios era consciente de estar haciéndose eco de sus «ilustres antepasados de la colonia holandesa», acostumbrados a re-funfunar por la «ingratitude» de los nativos (indonesios) a pesar de todas las ventajas que tanto el *rust en orde* como el *opbouw* (*pembangunan!*)¹⁶ les habían supuesto. (Para darse cuenta de la fuerza de estas máximas no habría más que imaginar lo extraño que resultaría que un funcionario se quejara públicamente de la ingratitude de javaneses y sundaneses por las ventajas obtenidas gracias a la Era Carcomida.) También en Timor Oriental, uno parece estar oyendo pensar al Ogro: «Lástima que haya timorenses orientales en Timer Oriental».

Desde finales de la década de 1970 hasta finales de la de 1980, Timor Oriental fue una zona cerrada no sólo para los extranjeros, sino incluso para la mayoría de los indonesios, que necesitaban un pase especial para ir allí. De manera que se transformó en una región donde «cualquier cosa» podía ocurrir. El Kopassus¹⁷ se convirtió en pionero y ejemplo a seguir para toda clase de atrocidades. Las violaciones, las torturas y las ejecuciones eran «normales». También los «ninjas» –gángsters encapuchados que trabajan como la mano derecha del Ogro– se dieron cita en la región. Con el tiempo, la «cultura de la ocupación» se filtró al resto de Indonesia. Pudimos verla en los asesinatos masivos planeados por Suharto, Murdani y el Kopassus durante la campaña *petrus* en 1983¹⁸. Desde allí se desplazó hacia Aceh, Lampung, Irian y otros lugares. Las regiones que habían sido pacíficas se transformaron en «conflictivas», y no por propia voluntad, sino por los «conflictos» introducidos por los agentes del Ogro. De modo que si calculáramos simplemente el número de personas que murieron con violencia o de manera excepcional durante la Era Carcomida, y prescindiendo de las personas mutiladas, de las psicológicamente destrozadas, de los huérfanos, etcétera, la lista quedaría como sigue: 1965–1966, al menos

¹⁵ El general Joannes van Heutsz, uno de los más exitosos comandantes holandeses en la guerra de Aceh, se convirtió en el gobernador general durante el período de 1904–1909, y supervisó la formación de las Indias Holandesas en la conformación definitiva de su territorio. El sultán Agung (1613–1645), empleando los métodos más despiadados, estuvo a punto de lograr controlar la totalidad de la isla de Java. Finalmente fue derrotado por la Compañía Holandesa de las Indias Orientales.

¹⁶ Las dos máximas repetidas hasta la saciedad del último período del régimen colonial fueron *rust en orde* (paz y orden) y *opbouw* (desarrollo). Resulta significativo que el régimen de Suharto simplemente adaptara al indonesio estos eslóganes en el *Orde Baru* (Nuevo Orden) y *pembangunan* (desarrollo).

¹⁷ El Kopassus [Komando Pasukan Khusus (Comando de Fuerzas Especiales)], parcialmente modelado a imagen y semejanza de los boinas verdes, era una unidad de élite de paracaidistas perteneciente a las fuerzas armadas indonesias, igualmente legendaria por su crueldad.

¹⁸ En 1983, miles de los llamados «criminales de poca monta» fueron asesinados de manera espectacular (en algunos casos con torturas) por los hombres del Kopassus vestidos de paisano. Estos escuadrones de la muerte, popularmente conocidos por el nombre de *petrus* [*penembak misterius* (los pistoleros misteriosos)], eran calificados con orgullo por Suharto como su criatura. El jefe del operativo era el general católico euroasiático Murdani.

500.000 personas; Timor Oriental, 200.000; Petrus, 7.000; Aceh, posiblemente unas 3.000; Irian, posiblemente unas 7.000. Aproximadamente 750.000 personas, todas ellas supuestos miembros del proyecto común. Si se piensa en esto, se entenderá mejor por qué sólo puedo expresar mi incredulidad ante el modo en que la «oposición» exige que Suharto y su familia rindan cuentas por todo el dinero que han robado —¿acaso piensan que se trata de «nuestro» dinero?—, todo ello mientras vuelven la mirada hacia otro lado ante crímenes mil veces peores: asesinatos sistemáticamente organizados a una escala jamás vista en la historia del archipiélago.

Los derechos humanos en Indonesia

Y, ahora, un nuevo giro irónico. El presidente Habibie ha sido vilipendiado y ultrajado como protegido y peón de Suharto. Sin embargo, además de haber restablecido la libertad de prensa y excarcelado a la mayor parte de los presos políticos, ha tenido el valor suficiente como para poner fin al proyecto de «sometimiento» de Timor Oriental de su antiguo señor. Mientras, otros líderes de la «oposición», con la honrosa excepción de Amien Rais¹⁹, han demostrado sobradamente cómo, mentalmente, permanecen en la oscuridad moral del período Carcomido. Lo más vergonzoso es que la hija de Sukarno —que fue depuesta, humillada y encarcelada de por vida por Suharto, y que, tómesse buena nota, nunca defendió que Timor Oriental fuera parte de Indonesia— ha apoyado públicamente el proyecto de «sometimiento» de Suharto. Es realmente penoso. Al leer sus palabras, uno siente que no es Megawati la que habla, sino sencillamente una Miniwati. Bajo las largas ramas colgantes de una higuera india²⁰, sólo pueden crecer plantas enanas y miserables²¹.

¿Qué hacer? Hoy se puede constatar la existencia de numerosas organizaciones e instituciones, algunas locales, otras extranjeras, algunas mixtas, que trabajan eficazmente por los «derechos humanos» en Indonesia. Y así debe ser. Lo que no vemos es algo semejante que trabaje no por los derechos humanos como tales, sino por los de los seres humanos indonesios. Me refiero al derecho de esas personas, de todas ellas, cuyo destino les hizo nacer en suelo indonesio en

¹⁹ Amien Rais, un académico con grado de doctor en estudios religiosos de la Universidad de Chicago, se dio a conocer como un intelectual modernista musulmán, famoso por sus mordaces discursos sobre los cristianos, Israel y los judíos, así como sobre los chinos en la región. Se convirtió en el presidente de Muhammadiyah, la organización modernista musulmana más grande. No obstante, hacia el final del régimen de Suharto, logró un amplio reconocimiento como la persona más destacada en el llamamiento contra Suharto, y prestó su valiente apoyo a los estudiantes durante las manifestaciones de mayo de 1998. Desde entonces hasta este momento, ha creado un sugerente partido no confesional en el que se dan cita cristianos y chinos, y desde el que se ha lanzado la propuesta más seria de cara a un cambio político decisivo.

²⁰ La higuera india (*ficus bengalensis*) es un árbol frutal cuyas ramas crecen de forma enredada y cuelgan hacia la tierra formando nuevos troncos. (*N. de la T.*)

²¹ Bajo el régimen de Suharto, el partido estatal Golkar, que «ganó» todas las elecciones mientras Suharto ocupó el poder, empleaba la sagrada higuera india en su anagrama, y se inspiraba en las connotaciones javanesas de poder mágico como la morada del espíritu protector y tutelar. Pero tal y como siempre advirtieron los activistas contrarios al régimen, la espesa maraña de sus ramas colgantes hace imposible que florezca algo a sus pies —a no ser líquenes (políticos), musgo, setas o cosas por el estilo.

tiempos de la república, a participar de modo voluntario, entusiasta, en pie de igualdad y sin miedo en el proyecto común del nacionalismo indonesio. A la inversa, el derecho a no ser tratados como animales, diablos, siervos o como propiedad de otros indonesios. Estos «derechos humanos de los indonesios» sólo pueden ser defendidos y llevados a la práctica por los propios indonesios.

A no ser que esta lucha se lleve a cabo con sinceridad y a gran escala, el futuro del proyecto se presenta sombrío. Si se empieza con: «lástima que haya acehneses en Aceh», será fácil que continúe con: «lástima que haya católicos en Flores», «lástima que haya chinos en Semarang», «lástima que haya dayakos en Kalimantan». Lógicamente, esto nos llevará a: «lástima que haya javaneses en Java». Y al margen de la lógica, lo único imposible es: «lástima que haya gente de Yakarta en Yakarta». Imposible porque es precisamente en Yakarta, en su clase dominante y gracias a la complicidad de la clase media, donde se atrinchera más profundamente la mentalidad de «lástima que...».

En la prensa y en Internet se puede leer una gran cantidad de material acerca de la *reformasi* (reforma) y, de vez en cuando, incluso acerca de la «revolución». Me parece bien, siempre y cuando estas palabras sean serias y desinteresadas. Pero además, creo en (y espero) que se produzca un auténtico renacimiento del proyecto común que se inició hace casi cien años. Un gran proyecto de este tipo suele producir grandes hombres y mujeres. Dr. Soetomo, Natsir, Tan Malaka, Sjahrir, Yap Thiam Hing, Kartini, Haji Misbach, Sukarno, Sjauw Giok Tjan, Chairil Anwar, Suwarsih Djojopoespito, Sudirman, Roem, Pramodya Ananta Toer, Hatta, Mas Macro, Hasjim Ansari, Sudisman, Armijn Pane, Haji Dahlan²² y otros muchos que surgieron en aquella era. Qué triste resulta comparar aquellos días con el presente. A lo largo de los últimos doce años, me he acostumbrado a preguntar a los jóvenes indonesios que han visitado Cornell University, o han ido a estudiar allí, esta sencilla pregunta: ¿A quién admiras y respetas más en la Indonesia actual? La respuesta más común es, en un primer momento, perplejidad ante la pregunta, después, rascarse la cabeza durante un rato y, finalmente, un vacilante... a Iwan Fals²³. ¿No es algo espeluznante? No quiero sugerir que todo el mundo pueda o tenga que convertirse en un gran hombre o una gran mujer. Pero creo que todo hombre y toda mujer puede optar por no ser un bufón.

¡Larga vida a la vergüenza!

Un auténtico renacimiento de la vida nacional exige una revisión total del sistema gubernamental, especialmente en dirección hacia la autonomía regional, no étnica. Exigirá asimismo el desarrollo de una política cultural saludable y amistosa y la eliminación del sadismo y

²² Esta lista incluye comunistas, socialistas, musulmanes, nacionalistas laicos de clase media, chinos, mujeres, poetas y novelistas, abogados defensores de los derechos humanos y reformadores sociales.

²³ Iwan Fals es el nombre artístico de un cantante de folk-rock popular entre adolescentes y estudiantes. Sus temas han sido tan políticamente de izquierdas que la dictadura lo ha permitido.

el gangsterismo político. También necesitará amor, auténtico amor, hacia las instituciones nacionales. Pondré solamente un ejemplo, cercano a mi corazón de profesor. Suele admitirse que la calidad de las universidades indonesias ha decaído progresivamente, al menos desde el ridículo programa de Normalización del Campus de Daud Yusuf a finales de la década de 1970. La letanía es de sobra conocida: profesores demasiado ocupados en amasar dinero, en proyectos gubernamentales, en consultorías y en la especulación inmobiliaria como para enseñar seriamente a los estudiantes; estudiantes que han hecho del fraude una cultura, bibliotecas miserables, burocracias universitarias corruptas y autoritarias, etcétera. Una de las razones, apenas mencionadas, de este declive es la actitud abiertamente antinacionalista de la clase dirigente y también de buena parte de la clase media dependiente, que envían a sus hijos a colegios internacionales caros en Indonesia o a escuelas y universidades más caras si cabe en el extranjero. Esta tendencia pone de manifiesto que, para esta gente, las universidades de Indonesia son para ciudadanos «de segunda categoría», que carecen de las conexiones y cuentas bancarias pertinentes. ¿A quién le importa que se vayan al garete? A veces he soñado que podía prohibirse a los indonesios los estudios en el extranjero, exceptuando los de maestría o doctorado, por un período de recuperación de diez años. Si las clases dirigentes tuvieran que enviar a sus hijos a las universidades indonesias, quizá sus condiciones empearían a mejorar. Pero, está claro, se trata de un sueño vano.

En un libro que he publicado recientemente, he propuesto medio en broma el lema «¡Larga vida a la vergüenza!». ¿Por qué? Porque pienso que nadie puede ser auténticamente nacionalista si no es capaz de sentirse «avergonzado» de que su Estado o su gobierno cometa crímenes, incluidos los que atentan contra sus compatriotas. Aunque no haya hecho nada malo a título individual, cualquier persona en tanto miembro de un proyecto común, se sentirá moralmente involucrada en todo lo que se haya hecho en nombre de dicho proyecto. Durante la guerra de Vietnam, buena parte de la oposición popular entre la ciudadanía estadounidense respondía a este saludable sentido de la vergüenza de que «su gobierno» fuera responsable de la muerte violenta en Indochina de tres millones de personas, entre las que se incluían innumerables mujeres y niños. Se sintieron avergonzados de que sus presidentes Johnson y Nixon mintieran sin parar al mundo y a sus compatriotas estadounidenses. Se sintieron avergonzados de que la historia de «su» país se viera salpicada por mentiras, crueldades y engaños. Entonces se pusieron a protestar, no sólo como defensores de los derechos humanos universales, sino como estadounidenses que amaban el proyecto común estadounidense. Este tipo de vergüenza política resulta muy saludable y es siempre necesaria.

Si este sentido de la vergüenza pudiera desarrollarse saludablemente en Indonesia, los indonesios tendrían valor de enfrentarse a los horrores del período Carcomido no como algo que «otros» cometieron, sino como una carga común. Significaría el fin de la mentalidad alentada oficialmente durante tanto tiempo: no ver ningún mal, no escuchar ningún mal, no hablar de ningún mal.